



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12553

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—12 meses, 2 pías.—Tres meses, 6 id.—Extra-
ero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º
y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Administración y Redacción, Mayor 24

JUEVES 10 DE SEPTIEMBRE DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico a su letra de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Larroque, rue Bonaparte
61; y J. Jones, Boulevard-Montmartre, 31.

Vamos á probarlo

En uno de los artículos de principios del mes hemos insertado un anuncio de la secretaría de la Económica de Amigos del País, avisando que se admiten solicitudes para ingresar en las clases gratuitas que sostiene dicha sociedad.

La lectura de dicho documento hace pensar en muchas cosas, pero sobre todo en un punto de la cuestión obrera, en aquel que indujo a los delegados del primer congreso de trabajadores á dividir el día, división que desde el primer momento tuvo un nombre especial: los tres ochos.

Green los obreros, y por ello luchan, que la jornada de trabajo ha de ser de ocho horas y que deben dedicarse las diez y seis que restan ocho á descansar é igual tiempo á instruirse.

Salvo contadas excepciones, lo primero no lo han logrado aún; y saben los trabajadores que para llegar a la jornada de ocho horas han de librar ru las batallas. Como que hay un interés opuesto á su interés, que se resiste á recibir nueva lesión después de las que ya llevó sufridas.

Mas dejemos eso, que es de la incumbencia de obreros y patronos, y vengamos al punto a que queremos ir, al reparto del tiempo que no es reclamado por la fabrica, el taller ó la mina.

De ese tiempo solo es propietario el obrero; a él solo pertenece y puede distribuirlo como mejor le plazca.

Si trabajara ocho horas, dedicaría otras ocho á reponer las fuer-

zas y las ocho restantes á estudiar materias que no sabe, á leer para instruirse, á cultivar en fin su inteligencia. Pero como trabaja nueve, ha de robar una hora al descanso ó al estudio, de las ocho que fljó el Congreso. El hombre propone y el patrono dispone mientras puede.

¿Se la quita al descanso? No, al estudio, a los libros que instruyen. Aunque se le restaran mas no se ofen lerían esos buenos amigos que nos dan en el contenido de sus hojas tanto bueno, si los libros que dijimos lo son.

Cuantas cosas se pueden aprender teniendo al día siete horas disponibles y clases gratuitas.

El Circulo Católico las tiene; las tiene también el Circulo Ateneo y las sostiene desde tiempo inmemorial la Económica.

Esta ultima corporación ya ha anunciado que las abra en primer de Octubre. Cursos en ellas matemáticas y dibujo, números y líneas de que no puede hoy prescindir el herrero, el albañil, el carpintero y en general ningún oficio.

Pero ocurre que es de la instrucción en el reparto de las horas del obrero, es más fantástico que real.

Por las ocho horas destinadas al trabajo batalla con extrema porfía. Las destinadas al descanso no le ofrecen dificultad ninguna. Mas las otras... Lastima que sea tan escasa la representación obrera en las clases gratuitas que sostienen las sociedades mencionadas.

Si es cierto que la clase obrera tiene deseos de instruirse vamos a probarlo.

Van a abrirse las clases y á comenzar el curso.

TIJERETAZOS

Hay mar de fondo.

Al ministro de Marina se lo piden freno en la cuestión de gastos, hasta el punto de que, apesar de haber estado parco al prometer, no podrá cumplir lo ofrecido en su visita á los departamentos.

¿Otra crisis?

Porque eso no se arregla de otro modo.

Un ministro no puede quedar en mala situación por tres pesetas.

El «Times» de Londres echa la culpa de lo que ocurre en los Balcanes á las potencias europeas.

¿Lo que les importará á esas señoras las censuras del diario inglés!

Que vean ellas desde los balcones de sus respectivas viviendas arder los Balcanes, que el qué dirán les tiene sin cuidado.

Los periódicos austriacos han tomado como cosa formal lo del imperio ibérico y lo disentan con cierto calor.

¿A que resulta que se preocupan de esa patraña todos excepto los interesados?

Es verdad que eso no puede ser motivo de preocupación para nosotros.

Al que aquí se ocupa el estudio de eso como de ridículo se le tendría por tonto.

Por eso en vez de protestar indignados de esa estrafalaria tan estúpida, la acejamos con una carejada y repetimos cada vez que vemos que la prensa seria la acoge en sus columnas.

Sólo los austriacos y desproocúpeno de esas preocupaciones que los hacen caer en el ridículo y que de seguirlos concediendo importancia pueden hacerlos ganar plaza de tontos.

«La Correspondencia de España» ha hecho un descubrimiento.

Y es este:

«Que nuestros pseudoestadistas son agentes ocultos, para quienes todo arte financiero y económico se concreta en la fórmula crear impuestos y recaudarlos».

Lo que trasladamos á Villaverde para su conocimiento y enmienda.

El que se tenía por un Pitt ó un Cobber resulta ahora un modesto recaudador de contribuciones.

¿Qué cosas se le ocurren á «La Correspondencia»!

¿Qué va ganando con quitar ilusiones?

CURIOSIDADES

La hora para casarse

La hora de moda para casarse es, en los Estados Unidos, la de la media noche.

Los invitados van primero al teatro; á la salida se trasladan á la casa de la novia, donde se les sirve una cena, y terminada ésta á eso de las doce, ábrense las puertas de la capilla y se celebra la ceremonia nupcial.

Después de la ceremonia comienza el baile, que suele prolongar hasta la madrugada. Entre tanto los novios desaparecen, sin que nadie pregunte por ellos.

Esta moda tiene fundamento y precedentes en las viejas costumbres de la aristocracia normanda.

Arriesgada ascension en globo

El capitán Henry acaba de verificar en Roobaix una arriesgada ascension en globo.

Sustituyó á la barquilla en el aereostato una jaula, dentro de la cual iban el intrépido domador, un león y una leona.

Otros dos leones actuaban de aerománfias.

La ascension fué feliz, desistiendo en ella el valor temerario el capitán Henry.

Gran lección

El general Peroin, alto empleado del ministerio de la Guerra de la vecina República, y en ocasiones el verdadero ministro del ramo, acaba de recibir una gran lección; por su costumbre de tratar con dureza á compañeros y subordinados.

Recientemente, Peroin envió una comunicación al general Desirier, jefe del séptimo Cuerpo de Ejército, redactada en forma inconveniente.

Molastado Desirier, devolvió el documento con la siguiente nota marginal: «El general Peroin permanecerá en arresto por espacio de ocho días.»

Estupefacto é indignado, fué M. Peroin á contar al ministro lo sucedido.

Riendo la ocurrencia, el jefe del Ejército francés, le dijo:

—¿Qué quiere usted que lo haga, mi pobre Peroin? Se le impone un arresto y es mi opinion que debe obedecer. La disciplina lo manda.

LA CUESTIÓN DE PANAMÁ

El istmo en revolución

La fecha del 23 de Septiembre será histórica en la debatida cuestión del Panamá. En ese día expira el plazo que se concedió al tratado Hay Herran, firmado entre Colombia y los Estados Unidos.

Si el gobierno de Colombia ratifica el tratado, entonces la apertura del canal interoceánico puede considerarse como un hecho; pero si al contrario, se obstina en desocharlo, será inevitable el conflicto.

El presidente Roosevelt tiene trazada, por una ley, la línea de conducta que debe seguir en este último caso.

Dicha ley fué votada en Junio de 1902, y dice, textualmente:

«Si el presidente no puede obtener un título satisfactorio para la propiedad de la nueva Compañía de Panamá, ni la intervención del territorio necesario de la República de Colombia, se le autoriza para abrir el canal de Nicaragua, después de haber conseguido, «por tratado», de Nicaragua y de Costa Rica, la intervención perpetua del territorio necesario.»

Otro aspecto más gravitioso el asunto: si la revolución estalla en Panamá y se declara independiente, como lo hizo dos veces en el último siglo (en 1840 y 1850), entonces habría que tratar con el nuevo Estado, y la República norteamericana nada tendría que temer de Colombia.

Por último, existe un tratado que se remonta al año 1846, entre la República de Nueva Granada (antigua denominación de Colombia) y el Gobierno de los Estados Unidos.

El artículo 35 de este tratado dice lo siguiente:

«El Gobierno de Nueva Granada garantizará de los Estados Unidos que el dere-



Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.



DOS MISERIAS

59

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

DOS MISERIAS

55

dos sus dichas credulidades, todos los sentimientos dignos de veneración, y su lógica pasó como un hierro candente sobre las flores de mi adolescencia, y mis ilusiones se agostaron, y donde yo había soñado un paraíso lleno de perfumes, me encontré con un árido campo de batalla.

No necesito decir, señor, que mis nuevos estudios y relaciones me habían separado por completo de mi compañera de la infancia, á la que perdí de vista. Cecilia era ya una señorita y á esta edad la diferencia de clases hacía sentir más rudamente; así alguna vez nos encontramos en la calle, nos saludábamos ligeramente, pero por indiscreciones de algunas criadas había yo sabido que Cecilia continuaba informándose de mí con interés.

Dos ó tres veces al cruzarnos en el portal, habíamos parecido que quería hablarme, y hasta advertí en sus ojos una mirada de dulce reconvencción.

Como os he dicho, Figel conocía á muchos hombres notables por su talento ó su fortuna, y hasta había sido discípulo de muchos; pero fuese que su cinismo ó desmoralización le hubiese apartado de ellos, su círculo habitual era de hombres oscuros y de profesión desconocida; los unos tenían entrada en los escritorios y servían de intermediarios para tratos no siempre rectos, entre los empleados y los industriales; otros eran agentes de créditos y procesos sospe-

tuados los hombres ilustres, y pegué á dudar de los hombres como había dudado de Dios.

El resultado de tan fatal ensañanza fué mirar la vida como una orgía, en la cual los vicios aparecían ocultos bajo disfraces diferentes, y hasta la misma virtud me pareció en algunos hombres una apariencia social, una existencia semejante á la que impone necesidades de un frac negro.

Mr. Figel procuraba desarrollar en mí estos gérmenes de desmoralización, dándome sin cesar nuevas pruebas de lo que él llamaba la media humana. Semejantes lecciones no podían menos de conducirme á una rebelión contra la sociedad, y éste era el objeto de Figel; después he reflexionado mucho sobre este hombre y he comprendido la necesidad que tenía de corromper todo cuanto le rodeaba.

Con una inteligencia demasiado clara, Figel había perdido el instinto de la verdad, no quería volver á ella y sufría con los ejemplos de un bien que él no practicaba, y el contacto de una conciencia recta producía en él el mismo efecto que la vista de un ángel para Satanas. Era un recuerdo del cielo que le hacía aun más terribles las torturas de aquel infierno en que se veía sumido... Así pues, esforzábame en arrastrarme á su abismo, porque la virtud de los otros me era odiosa.

Gracias á él, mi alma fué perdiendo una á una to-

mujer. Un violin ocupaba el sofá al lado de un bastidor, y platos del almuerzo veían todavía sobre la chimenea, mientras ensuciaban el suelo papeles y puntas de cigarras.

Mr. Figel desocupó una silla, arrojando al suelo un corsé y un sombrero que en ella había, y acercándola á un escritorio me hizo sentar.

Obedecí tímidamente; el lujo de aquella estancia y la seriedad de Mr. Figel me habían quitado toda mi alegría de la víspera, y me sentía fuera de mi discreción de quien me prometía un beneficio.

Aguardé no sin ansiedad á que me dirigiese la palabra. Hízome algunas preguntas sobre mis estudios, sobre mis lecturas; provocó mi juicio sobre algunas de ellas, y pareció entretenerse con mi apreciaciones; me dió un autor latino, de cuya lectura yo debí salir ajenos así que esperaba, porque me hizo un breve dejar el libro, pidiéndome mi opinión sobre las doctrinas del poeta; yo confesé que el sacerdote que me había dado algunas lecciones se había limitado sencillamente á hacerme leer, y entonces principió una serie de preguntas que me hicieron insensiblemente deslindar las doctrinas del autor, disipando las nubes que me las habían ocultado hasta entonces.

Era la primera vez que una de las puertas del mundo filosófico se abrió á mis ojos; quedéme desvanecido por su perspectiva que me parecía prolongarse